

Testimonio de MATILDE MATANZO MOLERO, superviviente de los bombardeos del 19 de febrero de 1937 sobre Albacete.

**Entrevista realizada por Susana Simón Tenorio (nieta).
Marzo de 2020.**

Me llamo Matilde Matanzo Molero; nací el 5 de octubre de 1929 en Hoyo de Manzanares, un pueblo de la sierra madrileña donde mis abuelos compraron una finca para veranear. Mis primeros años de vida los pasé a caballo entre el pueblo y Madrid junto con mis padres, mis abuelos y mis dos hermanos. Los primeros meses de la guerra estuvimos en Madrid. Yo era pequeña (no había cumplido aún los 7 años) pero sí recuerdo los problemas de mi madre y mis abuelos para encontrar comida y medicinas y oír algunos bombardeos. Finalmente decidieron salir de la ciudad y marchar a Albacete donde mi abuelo tenía unos familiares. Creo que llegamos los seis (mis abuelos, mi madre, mis hermanos y yo) en coche, en octubre de 1936. Mi padre no nos acompañó, se enroló como Guardia de Asalto al poco de empezar la guerra.

Nos instalamos en la tercera planta de la casa de Edmundo Alfaro, en la calle Isaac Peral. La vida en Albacete era más tranquila que en Madrid. En seguida empezamos a ir al colegio y mi abuela recibía al practicante todos los días para su inyección de insulina, pues era diabética. Nuestra casa estaba enfrente del Teatro Circo. Recuerdo que siempre estaba muy concurrido. Una vez fuimos mi madre, mis hermanos y yo a ver la película “Nobleza baturra”.

Para mí el bombardeo del 19 de febrero de 1937 fue el único, aunque sé que antes y después hubo algunos más. La noche del bombardero bajamos a la primera planta del edificio para refugiarnos. El edificio era de construcción moderna y se decía “seguro”. Muchos vecinos vinieron a refugiarse a ese y a otros pisos del edificio. Me senté abrazada a mi abuela. Mi madre tenía en brazos a mi hermana pequeña y mi hermano estaba sentado junto a nosotros. Recuerdo cómo mi abuelo se despidió de ella. Era teniente Coronel del Ejército retirado, sabía que había un cañón antiaéreo en el tejado del edificio y que muy cerca se alojaban las Brigadas Internacionales. Era muy probable que las bombas se dirigieran hacia nosotros.

A las 00:55 cayeron tres bombas incendiarias. Sé que era esa hora porque se pararon los relojes. Al menos una de ella cayó por el hueco de la escalera y alcanzó a la primera planta. Recuerdo una explosión verde clarito. De pronto se hizo negro. Silencio. Ya después empezaron los gritos. Creo que murieron 33 personas allí, son muchas personas para un solo piso.

Vinieron a socorrernos y comenzaron a desescombrar. Iban haciendo varios grupos en función de la gravedad de los heridos. Pese a mi aturdimiento oí como decían “está muerta” y que me echaban al grupo de los muertos. Se conoce que debí soltar un quejido y se percataron del error. Me subieron a una ambulancia de la Cruz Roja junto con otros enfermos rumbo al hospital. En el camino, los aviones siguieron bombardeándonos. La ambulancia tuvo que parar y apagar las luces. Nos sacaron de ella y nos quedamos escondidos en silencio hasta que dejaron de pasar los aviones. Era noche cerrada; serían las tres o cuatro de la mañana.

Una vez en el hospital de sangre, no estoy segura si era la Casa del Cura o la Iglesia, caí en un estado de semiinconsciencia. Hasta el tercer día no me operaron pues estaba demasiado débil y pensaron que no iba a salir adelante. Finalmente me

operaron varias veces de la pierna. Hasta nueve operaciones he tenido en ella. La última cuando tenía más de 50 años porque empezaron a salir en la cicatriz cuerpos extraños (trozos de astillas de hueso) y tuvieron que hacerme un injerto. A día de hoy no tengo cojera, aunque sí una cicatriz un poco fea que recorre el muslo.

Cuando me desperté, lo único en que pensaba era en que quería estar con mi hermano. Tuve suerte, estaba en la cama contigua con una herida en la cabeza. Gracias a la ayuda de los familiares de mi abuelo conseguimos reagruparnos porque nos habían llevado a cada uno a un sitio. A mi hermana pequeña tardaron en encontrarla unos días, la reconoció el practicante que pinchaba a mi abuela por los pendientes. Mi abuela Marceliana Pajares y mi abuelo Francisco Molero murieron. A mi madre un cristal se le introdujo en el ojo y le dañó el nervio óptico. El cristal se quedó ahí, la dijeron que no era bueno llorar porque el cristal podía moverse y rasgar el resto del nervio. El cristal estuvo ahí muchos años después.

Poco a poco fuimos recuperándonos y volviendo a la normalidad. Pasé varios meses escayolada hasta la cintura sin poder moverme. Cuando me quitaron la escayola salí con mi hermano a recoger caracoles; había muchos. Comíamos habitas y guisantes con caracoles. Me propuse curarme rápido, no me gustaba andar con muletas. Lo conseguí. El médico me dijo que era un pequeño milagro.

La guerra, sin embargo, seguía avanzando. En julio o agosto nos trasladamos a Paterna (muy cerca de Valencia) con la intención de llegar a Barcelona en barco. Todos los días mi madre iba a Valencia a pie para buscar pasaje. Durante ese tiempo, pasamos dificultades para comer y algo de miedo cuando oíamos aviones y bombardeos. Los cuentos de mi madre y la ayuda de los hortelanos regalándonos patatas nos ayudaron a pasar los malos momentos.

Llegamos a Barcelona en un barco pesquero tras un trayecto de 24 horas sin comida (la que traíamos se había echado a perder) y con aviones bombardeándonos desde el aire. Entramos a Francia en febrero de 1938. No regresamos a España hasta el 6 de enero de 1940. Gracias a la ayuda de mi familia y al tesón de mi madre salimos adelante. Estando ya casada pude volver a Albacete y visitar la calle Isaac Peral y la tumba de mis abuelos.



Matilde Matanzo Molero